

Letras

Coordina: Juan José Pérez Solana

Una familia de TEBEO: la familia Ulises

Para el Régimen de Franco el año 1951 fue un año importante: en el mes de Febrero nuestro país ingresaba en la Organización Meteorológica Mundial (OMM); en el mes de Abril nos acogía en su seno la Organización de la Agricultura y la Alimentación (FAO); en el mes de Mayo la Unión Internacional de Comunicaciones (UIT) y la Organización Mundial de la Salud (OMS) permitían nuestra presencia entre sus asociados. Se iniciaba así un largo proceso, a través del cual España iría incorporándose paulatinamente a los distintos organismos internacionales. Recordemos el año 1955 y nuestra entrada en la Organización de las Naciones Unidas (ONU). Recordemos el año 1960 y nuestro ingreso en la Organización Europea para la Investigación Nuclear (CERN). Largo proceso que puede cerrarse cualquier día con lo que ya es entrada en la OTAN...



Tebeos para todos

A partir de las citadas normativas comenzaron a destinar sobre todas las demás publicaciones, las que pudieramos llamar TEBEOS HUMORÍSTICOS que no siendo específicamente infantiles podían de este modo atraerse a un público más amplio, concebido como interclasista, de una edad imprecisa y diversificada, garantizándose así una mayor difusión, y sobre todo, la garantía de supervivencia.

Las bases de este tipo de tebeos existían ya de algún modo antes de nuestra última guerra civil, pero comienza a conformarse en una especie de género definido durante los años cuarenta. La clave de estos tebeos era la

vida cotidiana y solía predominar en ellos una cierta dosis de realismo (ideológico y gráfico). Se adoptaron algunos rasgos del primitivo cómic de humor americano, pero logrando que estos rasgos estuvieran adecuados a la situación socioeconómica en que se planteaban. Como dice Salvador Vázquez de Parga, «la familia, los niños, los vagabundos, son sin duda temas universales, pero la adaptación coyuntural de los mismos a las circunstancias de la postguerra española es el gran acierto y el gran mérito del comic humorístico español que en otro caso no hubiera alcanzado su valor testimonial».

De este modo, nos señala

Román Gubern que «la aparente trivialidad del humor permitió que la censura oficial tolerara o subestimara los contenidos críticos que fueron frecuentes en este género, como sátiras agudas a la vida cotidiana, y que conectaran fácilmente con las expectativas, frustraciones y sensibilidad de los sufridos ciudadanos».

Esta orientación satírica, esta visión interclasista de público, este querer y no poder de los días de postguerra fue visible de forma constante, pero continuada, en una de las publicaciones más queridas en los ambientes familiares de la época; nos referimos al veterano y ejemplar TBO.

Pero volvemos al año 1951. En Julio se creaba el Ministerio de Información y Turismo al frente del cual se designó a Gabriel Arias Salgado, político especializado en el tema gracias a la experiencia adquirida en 1941 como vicesecretario de Educación Popular de la Falange Española Tradicionalista y de las JONS y luego más tarde como delegado nacional de Prensa y Propaganda. Esta reorganización de la información permitió una nueva normativa para el mundo de la historieta española de aquellos años, normativa que convirtió en legales toda una serie de publicaciones infantiles que hasta aquel momento malvivían bordeando los límites de la legalidad. Una de aquellas publicaciones era conocida con el definitivo e ingenioso nombre de TBO.

Dibujantes y guionistas

Para llevar a cabo este proyecto, bajo la dirección de Mora, se han reunido dibujantes y guionistas, nacionales e extranjeros, entre los que se encuentran Escobar, Vázquez, Ibáñez, Purita Campos, Mariel, Anne Goetzinger, Martínez Schmidt, Petillón, Gotlib, Goscinny, Geo Mac Manus, Chic Young, Perich, Sabatés, Royo, Rojas, Usoro, Nieto, Rovira, Pascual, Ferry, Sempere, Pérez Navarro, Sánchez Abuli, Hamplie, Alfonso López y algunos más.

Ellos continuarán y tratarán de mejor, si es posible, las aportaciones de Urda, Opisso, Nenejam, Josep Coll, Méndez Alvarez, Serra Massana, Juan Martínez «Tinez», Cabrero Aranal, Salvador Mestres y tantos otros que supieron crear unos personajes populares que eran perfectamente entendidos por toda clase de lectores y apreciados por sus cualidades o la gracia que eran capaces de infundir al primer golpe de vista.

Víctor Mora es un novelista reconocido, tanto en lengua española como catalana, barcelonés nacido en 1931 tuvo que exiliarse con su familia al término de la guerra civil. Ganó el premio Sésamo en 1962 con «La cometa azul» y el Víctor Catalán de literatura catalana por «El café de los homes tristes». «Els platans de Barcelona» escrita en su lengua ha sido traducida al francés, al alemán y al rumano, entre otros idiomas. Aún más desarrollando durante toda su vida, se sitúa otra dedicación no menos importante y absorbente: Víctor Mora es el creador del personaje literario de «El Capitán Trueno» y «El Jabato», dos publicaciones de aventuras que todos los que fuimos niños o jóvenes en las décadas de los años cincuenta y sesenta seguimos con el máximo interés.

A él se deben los guiones de más de sesenta episodios de unos personajes tan singulares como eran El Capitán Trueno y su acompañante Goliat, a los que dio vida en 1956 y dos años después a un héroe no menos prototípico como era «El Jabato». Actualmente existe el proyecto de relanzar las aventuras del primero de ellos, que es muy probable que atrajera con la misma fuerza que en sus anteriores salidas.

De momento Víctor Mora se encuentra centrado en la tarea de perfilar el producto que sale de nuevo al mercado: el TBO. Ha ideado la mayoría de los personajes de reciente creación, más en consonancia con los conocimientos y las aptitudes de los niños de nuestro tiempo. «que en modo alguno puedan compararse con los de décadas atrás, porque entre otras razones se encuentran superinformados. En realidad es toda la sociedad la que ha cambiado».

Desde mediado de Febrero en que apareció TBO de la nueva época, todos los meses saldrá un nuevo número a los quioscos (el anterior era semanal) con cincuenta y dos páginas de contenido variado. Será publicado por Ediciones B.

(Revista «LEER» Abril-Junio 1988).

Otro poco de historia

¿De dónde venía Ulises?

Hacia 1915 el peso de la edición se desplazó desde Madrid a Barcelona, donde la vecina guerra europea había potenciado el crecimiento de las artes gráficas. Pequeños editores en busca de una oportunidad, impresores con las máquinas paradas, dibujantes sin trabajo, son el mejor caldo de cultivo de una Prensa basada en la historieta tanto humorística como infantil. Entre 1915 y 1920 se editan en Barcelona las publicaciones más importantes para el desarrollo del comic en España.

En este marco, en 1917, aparece TBO que a partir del número 10 se presenta ya estructurado en la línea que le dará gran popularidad: historietas en portada en lugar del chiste único que la ocupaba en los primeros números y predominio creciente de la historia sobre las páginas puramente literarias. Antes de interrumpir su actividad en 1939, TBO se había convertido, según Antonio Martín, en un conjunto confuso.

abigarrado, pesado, pero que produce en el lector una sensación de plenitud. Es lo que quiere el editor, un público que compra la cantidad, no la claridad. De su acierto como vendedor de historietas será prueba el progresivo aumento de tirada de TBO.

En 1942 reaparece la publicación que comentamos, pero ante las dificultades administrativas el editor tuvo que simular que se trataba de una publicación unitaria en cada número y, por esta razón, cambió de título en cada ocasión: «PAGINAS FESTIVAS DE TBO», «UNA HORA DE RISA, DE EDICIONES TBO», etc. En 1944 apareció la primera historieta de la que pronto sería la más importante de la revista, «La Familia Ulises», y desde 1945 apareció ininterrumpidamente la serie hasta que en 1952 obtuvo un nuevo permiso de publicación del recientemente creado Ministerio de Información y Turismo. Se aseguraba así la difusión masiva de la serie.

¿A dónde iba?

Cada domingo leíamos en nuestras casas la serie sin percatarnos de los asuntos tratados más arriba. Y sentíamos que esa familia, de alguna manera, podía ser la nuestra. Y se

durante la postguerra. Este punto de vista mantiene Terencio Moix cuando afirma que «los Ulises situados en cualquier otro país no existirían. Su dimensión exacta es una cierta Barcelona convertida en parábola sociológica». Y aunque esto pudiera ser cierto, sobre todo para un lector catalán, no podemos estar de acuerdo con Moix en el análisis que hace de las torpezas lingüísticas de la abuela: «el personaje de la abuela (...) tiene el valor de testimoniar, aún sin discursos, sobre un trauma catalán que no ha sido reflejado en ningún comic ni antes ni después: la abuela, todos sabemos, habla incorrectamente

el castellano (...). Sus continuas meteduras de pata en el aspecto lingüístico, que han llegado a convertirse en su característica personal más acusada, nos recuerdan que la familia Ulises se ve obligada a renunciar a su idioma para poderse presentar en público. Porque el conflicto lingüístico no estaba principalmente en la abuela, sino sobre todo en el mismo autor de los guiones; piénsese que Joaquín Buigas escribió siempre los guiones de la serie en catalán, y que después éstos eran traducidos al castellano. Respecto a la cuestión lingüística de la abuela Ulises pensamos con Juan Antonio Ramírez:

Hoy esta historia es completamente imposible. Como imposibles son esas andanzas en busca de cualquier vellojín de oro con gasógeno.
(J. Carlos Rosales)

comentaban sus andanzas en las tardes de mesa de camilla. Todos conocíamos en el vecindario alguna muchacha que podía ser Lolín, la niña casadera. Alguna de nuestras tías abuelas co-

metía iguales torpezas al hablar que la abuela de la última página del TBO. Y nos imaginábamos a veces la posibilidad, muy lejana por cierto, de tener un perro como «Tresky».

Banca

Erase una vez una región muy transparente, toda ella de cristal, por nombre Banca. Tenía siete torres y de cada una de ellas salían siete calles, de modo que la población se recreaba por cuarenta y nueve caminos distintos.

Cada uno de ellos entretenía a su manera, pero todos con intenso fulgor. Cada camino era de un mineral, por lo que todas las gentes de aquella región, además de ser muy afortunados, eran muy sabias en cosas de esas que nos brinda la Naturaleza. Aunque eran piedras y por eso frías, todas sin embargo entablaban con sus juegos de luces, sus infinitas figuras, sus encantados perfiles... En esa región, por aquel tiempo, sobrevino una peste y todas las gentes murieron, salvo un niño que por recomendación de un doctor hubo de guardar cama en lo alto de la séptima torre. Cuando sus padres quisieron ir a rescatarlo, ya era tarde porque tenían la peste dentro de sus cuerpos. Los padres murieron con la pena en el lecho creyendo que su hijo moriría pronto o que tal vez ya estaba muerto. Nada fue así. El niño sobrevivió y con los alimentos de las siete torres pudo hacer frente a todas sus necesidades durante varios años.

Allí aquella región, que se llamaba y se sigue llamando Banca, entró en desgracia a causa de la peste y ya nadie quiso volver a ella, de modo que el niño que, a estas alturas, ya era joven y bien formado, vivía sólo repartiendo sus días por las torres. Uno por cada una. Pasaba sólo por las cuarenta y nueve calles y, a solas, se dejaba fascinar hasta el delirio por las piedras. Por unos papeles que encontró en la torre tercera supo el joven que todo aquel reino de piedras preciosas era muy codiciado por otros hombres de los cuales él no tenía ni recordó ni noticias. Cuando él supo esto, escribió otro papel que introdujo en un cuenco de cuarzo, y lo lanzó con todas sus fuerzas fuera de sus fronteras. El papel decía: «Doy todo mi reino de piedras preciosas por la compañía de un solo hombre».

El director, Víctor Mora

Diccionario infantil

Por «Sus Antojos»

